



N° 50 · 2023 · ISSN e 1853-6379
 DOI 10.14409/argos.2023.49.e0061
 (AADEC) Asociación Argentina de Estudios Clásicos
 Facultad de Humanidades y Ciencias / Universidad Nacional del Litoral

Fabio Stok. *Letteratura latina. Generi e percorsi*. Roma, Carocci editore (Studi Superiori/1209), 2020, 362 pp.

ARTURO R. ÁLVAREZ HERNÁNDEZ

Universidad Nacional de Mar del Plata
 arturorobertoalvarez@gmail.com

El subtítulo *Generi e percorsi* adelanta la característica fundamental de esta nueva *Letteratura latina*: se trata de una exposición integral que agrupa la vasta materia en 'géneros' y que se propone exponer los 'recorridos' que cada uno de esos géneros ha tenido a lo largo de la Antigüedad, con el agregado de información de gran interés acerca de la recepción del legado latino en épocas posteriores, especialmente en la cultura italiana.¹

Dado que se trata de un manual destinado al estudiante universitario, el cap. 1 ("De la escritura a la literatura": pp. 15-31), como es de rigor, expone información fundamental relativa al origen y primer desarrollo de la literatura latina, sin omitir referencias a la etapa oral preliteraria. En este capítulo ya se advierte un rasgo constante de la obra, que es el de exponer de manera precisa y ágil la información que surge de las propias fuentes antiguas, siempre citadas y traducidas, señalando, cuando los hay, los problemas a los que se enfrenta el estudioso actual. Por ejemplo el problema de las diversas dataciones que ofrecen las fuentes para el 'nacimiento' de la literatura latina (¿240? ¿207? ¿197? ¿146? a.C.), discrepancia que no impide la coincidencia en presentar ese inicio como una importación griega en el contexto 'agreste' del Lacio (pp. 15-18).

Sobre el origen y uso del alfabeto latino (pp. 18-22) S. ofrece precisiones de sumo interés y se extiende en una oportuna comparación entre el uso muy reducido de la escritura en el ámbito latino hasta el s. III a.C. y lo sucedido en el ámbito griego, en el cual el uso de la escritura para la difusión de las obras literarias adquiere un despliegue excepcional: "el desarrollo de la literatura griega, visto desde una perspectiva amplia, es una excepción más bien que la evolución natural de la escritura" (pp. 20-21).

Al proceso temprano de aculturación de Roma (testimonios arqueológicos desde el s. VIII en adelante), como resultado de los intensos contactos con los pueblos griegos, directos o mediados por las ciudades etruscas, dedica S. el siguiente apartado (pp. 22-23); la consecuencia más notoria de ese proceso, que se intensifica a partir del s. III a.C., es el estricto bilingüismo de la aristocracia romana.

Sigue a este apartado otro (pp. 23-26) sobre los primeros testimonios de escritura poética en verso saturnio (Apio Claudio, Livio Andronico, Nevio), un



primer desarrollo literario que da continuidad a la tradición oral preexistente, pero que se discontinúa, a partir de Enio, por la adopción en Roma del verso propio de la épica griega: el hexámetro dactílico.

Acerca de la prosa, tema del siguiente apartado (pp. 26-28), y de la escritura en griego que adoptan los primeros prosistas romanos (Fabio Píctor, Cincio Alimento, Postumio Albinio, Gayo Acilio), S. propone una interpretación diversa de la habitual. No es por un objetivo propagandístico *ad extra* por lo que estos autores escriben en griego, sino por el condicionamiento de las obras griegas modélicas en las que se inspiran y que comparten con la aristocracia romana bilingüe. La creación de prosa en latín es obra y mérito de un personaje singular, que combatía el predominio cultural griego en Roma, el célebre censor Marco Porcio Catón.

Libros y lectores es el tema del siguiente apartado (pp. 28-29), en el que S. expone la transición de una etapa de difusión oral de las obras literarias a una etapa en que las obras comienzan a circular en copias papiráceas. Si las obras de Livio Andronico y Nevio no parecen destinadas a ese tipo de circulación, sí lo son, por ejemplo, los *Anales* de Enio, compuestos para su circulación en forma de libro (rollo de papiro). Indicativo, también, de la presencia del libro en Roma es el traslado de la biblioteca de los reyes de Macedonia dispuesta por Paulo Emilio una vez concluidas las guerras macedónicas (168 a.C.).

Como cierre del capítulo, S. vuelve a destacar el dato del bilingüismo romano, fundamental para comprender el tipo de desarrollo que tuvo la literatura latina (pp. 30-31). El ‘nacimiento’ de esta literatura fue en realidad un proceso que duró aproximadamente cincuenta años y que llegó a su conclusión entre fines del s. III y comienzos del s. II a.C. Pero, no obstante, la consolidación plena de una literatura en lengua latina en ese período, el bilingüismo siguió jugando un rol, por lo menos hasta el s. III d.C., como puede comprobarse por la continua referencia de las obras latinas a las griegas e incluso por la recurrencia del uso del griego por parte de autores romanos.

A este primer capítulo le siguen otros once, de los que no podríamos dar cuenta detallada sin exceder largamente los límites previstos para esta reseña. Nos vamos a limitar al señalamiento de algunos aspectos de la exposición de S. que nos parecen especialmente destacables. Por lo pronto, consciente de la ‘fluidez’ de las fronteras entre los géneros, tanto en las clasificaciones antiguas como en las modernas, S. organiza su discurso con un criterio flexible, que en algunos casos coincide con las clasificaciones antiguas, en otros habilita un agrupamiento de formatos textuales entre los que encuentra algún tipo de afinidad:

Estas consideraciones [sc. sobre la flexibilidad de los géneros] han aconsejado la adopción de un abordaje empírico en la individualización y en el agrupamiento de los géneros. Han sido puestos en evidencia también los aspectos problemáticos planteados por los géneros y, más en general, se ha dado lugar a controversias y encrucijadas críticas que involucran a los autores y a las vicisitudes de la historia de la literatura, en el convencimiento de que

una didáctica atenta a los problemas puede ser actualmente más eficaz que una repetición de nociones o de pseudocertezas sedimentadas a lo largo de la tradición historicística que durante mucho tiempo ha permeado la idea misma de la historia literaria. (pp. 13-14)

Los apartados que organizan la exposición son los siguientes:

- Cap. 2 Poner en escena: tragedia, comedia y otros géneros teatrales
- Cap. 3 Construir el pasado: la épica
- Cap. 4 Enseñar en versos: la poesía didáctica
- Cap. 5 La memoria del pasado: historiografía, memorialística, biografía
- Cap. 6 Literatura de la comunicación: oratoria, declamaciones, epistolografía
- Cap. 7 El poeta y la sociedad: sátira, yambo, lírica, fábula
- Cap. 8 La poesía anépica: epigrama, epilio, bucólica
- Cap. 9 La poesía erótica: elegía, *Priapea*
- Cap. 10 Narrar en prosa: la novela
- Cap. 11 Ciencia, filosofía, escuela, divulgación: tratados, diálogos, enciclopedia
- Cap. 12 Continuidad y transformaciones de la literatura latina

S. ha sabido encontrar para cada capítulo un denominador temático, expresado en el título, que le permite identificar un género o agrupar diversos géneros por algún tipo de afinidad. La sola excepción es el cap. 8, en el que recurre a una denominación negativa. La denominación ‘anépica’ (epigrama, epilio, bucólica) proviene de una obra anterior del propio S. en coautoría con Carlo Santini y Carlo Pellegrino², en la cual se explica que, bajo dicha denominación, se incluye toda la producción poética que no sea definible como poesía épica (p. 99). En consecuencia, el capítulo respectivo de dicha obra abarca no sólo el epigrama, el epilio y la bucólica, sino también la producción catuliana entera, la lírica horaciana, la elegía, la fábula, la poesía de ocasión y la poesía figurada. El criterio de S. en la obra que estamos reseñando ha sido diferente, pues por un lado, en el cap. 7, trata la sátira, el yambo, la lírica y la fábula; por otro lado, en el cap. 9, se ocupa de la elegía y los *Priapea*. La consecuencia de esta distribución es que solamente el cap. 8 (epigrama, epilio y bucólica) exhibe un título negativo. Entiendo, pues, que sería más adecuada una denominación positiva para dicho capítulo, tal vez una que aluda a la relación de esos géneros con los modelos alejandrinos (relación que no es exclusiva, pero sí tal vez característica), aspecto que destaca acertadamente S. al comenzar el capítulo 8 (pp. 203-204).

A lo largo de la exposición se advierten algunos rasgos constantes del discurso de S. que vale la pena destacar: la referencia a la tradición griega precedente, a veces con brevísimas recapitulaciones, muy necesarias; las oportunas citas de las fuentes, que ya hemos señalado, con traducción y breves comentarios; el señalamiento de las discusiones que suscitan algunos temas, con precisas referencias a la bibliografía; la mención de la fortuna histórica, en los diversos campos de la literatura y el arte, que han tenido las obras clásicas latinas en

épocas posteriores. En suma, el estudiante universitario puede encontrar en esta obra para cada área de la literatura latina antigua un panorama sucinto, orientador y motivador.

S. cierra su exposición con un capítulo magistral (cap. 12: pp. 305-324), en el que logra dar, con grandes trazos esenciales, la información fundamental y las claves de lectura para situarse en cada una de las etapas, posteriores a la Antigüedad, que definieron la continuidad y la transformación de la literatura latina hasta nuestros días.

En un primer apartado (pp. 305-313) S. aborda el complejo panorama de la Antigüedad tardía, caracterizada, en una primera etapa (ss. IV al V) por la coexistencia de la cultura clásica con una nueva cultura, que emerge y se afirma en su seno: el Cristianismo. Resultan de sumo interés las diversas posiciones de los Padres latinos (e.g. Tertuliano, Lactancio, Ambrosio, Jerónimo, Agustín), favorables unas, contrarias otras al aprovechamiento de la tradición clásica; también el rol decisivo de la educación formal para la continuidad no solo de la lectura de los clásicos, sino también de la producción de literatura clásica 'pagana'. Una segunda etapa (ss. VI al VII), representada por figuras como las de Casiodoro, Isidoro de Sevilla, Benito de Nursia y Gregorio Magno, se caracteriza en cambio por una posición muy selectiva respecto del patrimonio clásico, en virtud de la cual se garantiza la circulación solamente a las obras consideradas de utilidad práctica (obras gramaticales, de medicina, de erudición).

El segundo apartado (pp. 313-315) trata del s. VII, que S. identifica como el período de crisis del interés de la cultura cristiana por el patrimonio clásico. Respecto de la conservación de las obras, S. apunta con acierto a las condiciones materiales. El rollo de papiro, soporte casi excluyente de la escritura literaria en la Antigüedad, es durable solamente en condiciones climáticas como las de Egipto. Fuera de Egipto, la supervivencia de las obras conservadas en ese soporte dependió de su traslado al código de pergamino, lo que ocurrió, aunque no para todas las obras, entre los ss. III y IV. A la destrucción progresiva de grandes bibliotecas compuestas de rollos, como la célebre del Museo de Alejandría, desaparecida después de la conquista árabe de Egipto en el 642, se vino a sumar otro fenómeno trágico para las obras clásicas: la reutilización del pergamino – mediante raspado del texto inicialmente escrito – para la copia de obras y documentos cristianos. Esta práctica es el indicio más claro del progresivo desinterés del Cristianismo por las obras 'paganas'. Si bien la conservación de algunos palimpsestos ha permitido rescatar un cierto número de obras antiguas, en términos generales la reutilización del pergamino tuvo consecuencias catastróficas. Sin embargo, a este período de crisis le sigue la época carolingia (ss. VIII a IX), en la que la actividad de copia se reanuda en una medida que S. no duda en calificar de sorprendente:

Fueron copiados en esta época, de hecho, no solo obras y autores de uso corriente en el Medioevo (el corpus que Birger Munk Olsen ha llamado “el canon medieval”), sino también muchos otros textos que tuvieron en los siglos sucesivos (hasta su redescubrimiento humanístico) una circulación esporádica, a veces ninguna circulación. (p. 315)

Gracias a esta labor, promovida desde el poder imperial, han llegado a la Modernidad la mayoría de las obras clásicas que podemos leer en nuestros días, redescubiertas primero por los Humanistas (ss. XIV al XVI) y difundidas por la imprenta a partir del s. XV.

El siguiente apartado (pp. 315-317) da cuenta de los redescubrimientos de obras antiguas por parte de figuras eminentes como las de Francesco Petrarca (s. XIV) y Poggio Bracciolini (s. XV). S. aporta un sucinto panorama de la circulación de manuscritos de obras clásicas entre los monasterios durante la última parte del Medioevo, lo que permite entender que las búsquedas humanistas de obras antiguas se hayan focalizado en monasterios de Francia, Alemania, Suiza e Italia. A diferencia de las copias que se realizaron en el período carolingio, que tuvieron una muy limitada difusión, los redescubrimientos de los ss. XIV y XV dieron lugar a una notable profusión de copias manuscritas, a lo que se agregó, como ya señalamos, el aporte editorial de la imprenta. Todo ello le permitió a las obras clásicas ‘renacidas’ una difusión que no habían alcanzado ni siquiera en la Antigüedad.

El apartado siguiente (pp. 317-322) aborda la cuestión fundamental de cómo ha sido historiada la literatura latina clásica en la Modernidad; dicho de otro modo, qué visiones de la literatura latina clásica se han elaborado en los siglos modernos. Aquí preferimos diferenciar dos cuestiones que S. trata en conjunto: a) la de cómo se presenta el desarrollo de la literatura latina clásica por parte de quienes la historian; b) la de cómo se concibe la relación de la Modernidad con el patrimonio clásico latino. En cuanto a la primera cuestión, S. señala que ya Isidoro de Sevilla proponía una periodización de la literatura latina, al distinguir cuatro etapas: la *prisca*, representada por el *Carmen Saliare*; la *latina*, ejemplificada por las *XII Tabulae*; la *Romana*, que abarca a la enorme mayoría de los autores, de Nevio a Virgilio; la *mixta*, que se corresponde con el período imperial, en la que el latín se habría corrompido por el contacto con las lenguas de otros pueblos. Esta periodización, señala S., fue retomada en el Humanismo por Guarino Veronese, que la expresó en clave biológica: infancia, juventud, madurez, vejez. Tal esquema tuvo una enorme fortuna. Lo reformularon, aunque en términos muy diferentes, Giulio Cesare Scaligero y también Erasmo de Rotterdam, este último recurriendo a la simbología metálica: oro, plata, bronce y hierro. S. advierte una perspectiva diferente, ya en el Romanticismo, por parte de Friedrich August Wolf (1759-1824), que estableció una diferenciación metodológica entre “historia externa” (el conjunto de datos sobre las obras y sus autores) e “historia interna” (el conjunto de los componentes de la cultura romana, incluyendo la historia de la lengua y de las instituciones). Esta obra inició una tradición que, con variantes, se mantuvo en los célebres sucesores de Wolf: la historia de la literatura latina de Teuffel (1862),

que llegó a la sexta edición a cargo de Kroll y Skutsch, y la historia de Schanz-Hosius-Krüger (1920), en la que se elimina la 'historia interna' como parte autónoma. Las críticas a esta visión, provenientes del idealismo (representado en Italia por Benedetto Croce), se orientaron a recuperar una valoración estética de las obras clásicas que no se limitara a interpretarlas exclusivamente en el contexto en el que vieron la luz. En la historiografía literaria posterior, S. advierte la influencia de disciplinas propias del s. XX, como la historia social, la semiótica, el psicoanálisis y la antropología, entre otros. En paralelo con ese proceso, se verifica en la bibliografía más reciente la tendencia a reconocer en la Antigüedad tardía una etapa autónoma de la historia cultural y literaria latina, que pone en cuestión las periodizaciones precedentes.

Pasando al tema de cómo se concibe la relación de la Modernidad con el patrimonio clásico latino, S. identifica en el Humanismo, representado de modo eminente en una figura como la de Lorenzo Valla (1407-1457), una posición 'continuista', en el sentido de que los humanistas se consideraban continuadores de la literatura clásica y, por lo tanto, parte integrante de ella. De allí que escribieran sus obras en un latín forjado en los modelos de Cicerón y Quintiliano y que concibieran al período 'intermedio' (Edad Media) entre Antigüedad y Modernidad como una época caracterizada por la ignorancia. De la mano de esta visión, el Humanismo desarrolló una pedagogía basada en el estudio del latín clásico como lengua viva, cuyo objetivo era el desarrollo pleno de las capacidades de oralidad y escritura. Esta pedagogía comienza a transformarse, ya en el s. XX, de la mano de una idea contraria (Wolf y sucesores), la de que el latín clásico fue la expresión de una cultura irrepetible, que concluyó con la caída del imperio romano. De allí el tipo de pedagogía que hace del latín clásico, por un lado, y de la literatura clásica por el otro, objetos de estudio científico desde una perspectiva histórica.

Dos novedades más señala S. en la historiografía literaria más reciente. Una es la atención que se presta al desarrollo de los géneros literarios, cuya dinámica queda oscurecida en el tratamiento por períodos y autores. La otra novedad es que se incorporan al discurso histórico-literario los fenómenos de recepción de la literatura latina, que abarcan no solo la producción literaria, sobre todo la europea y la americana, sino también una amplísima constelación de producciones en todas las artes y las ciencias. S. cierra este apartado con una frase que es, de alguna manera, una previsión del futuro:

La exigencia de confrontar la cultura clásica y la cultura contemporánea, poniendo en evidencia líneas de continuidad y de discontinuidad, se ha reforzado notablemente en los últimos decenios, abriendo nuevas temáticas en los estudios clásicos (*gender*, sexualidad, *postcolonial studies*, etc.) y sugiriendo la aplicación de nuevos criterios para la elección de los autores y de los textos, también en los *curricula* escolares.

El último apartado (pp. 322-324) está dedicado a la literatura latina postclásica. En él, S. pasa rápida revista a las numerosísimas obras escritas en

latín que no fueron tratadas en los capítulos precedentes por no formar parte de la clasicidad. Se trata de un vasto corpus constituido por obras y documentos tardoantiguos, medievales, humanistas, modernos e incluso contemporáneos. A propósito de las rápidas menciones que ofrece S., todas de alto interés, nos permitimos agregar expresamente la abundante producción latina relativa al descubrimiento y conquista del “nuevo mundo”, salida de la pluma de europeos y también de americanos.

La obra se completa con cuatro anexos de suma utilidad: cronología histórica de la literatura latina (pp. 325-330); obras latinas conservadas (pp. 331-334); bibliografía, ordenada por capítulos (pp. 335-351); índice analítico (pp. 353-362). En la certeza de que esta excelente obra habrá de ser reeditada, señalo algunas erratas que he advertido al pasar: p. 31, renglón 19: donde dice “latino” debe decir “greco”; p. 41, renglón 20: donde dice “consulae” debe decir “consules”; renglón 24: donde dice “Navio” debe decir “Naevio”; p. 71, renglón 25: donde dice “politica regime” debe decir “politica del regime”; p. 123, renglón 23: donde dice “notabali” debe decir “notabili”; p. 136, renglón 9: donde dice “corruptissima” debe decir “corruptissima”; donde dice “plurimaque” debe decir “plurimaeque”; renglón 27 donde dice “solitudunem” debe decir “solitudinem”; p. 186, renglón 13: donde dice “Tibus” debe decir “Tibur”; donde dice “Tibere” debe decir “Tibure”; p. 235, renglón 1: donde dice “I secolo” debe decir “II secolo”; p. 237, renglón 25: donde dice “Pentesilao” debe decir “Protesilao”.

El desafío que S. afrontó y superó con éxito puede definirse con estas palabras del propio autor:

No era fácil condensar la literatura latina en un número de páginas compatible con la exigencia de estudio prevista por un módulo universitario. No lo era, en particular, por el hecho de adoptar un abordaje orientado a poner en evidencia y a discutir problemas, más bien que a transmitir conceptos y certezas. (p. 14)

El resultado de estos propósitos es una obra que se lee con gusto y que contiene, juntas, la información imprescindible y la oportuna reflexión. Una obra, en suma, que el estudiante universitario interesado en la literatura latina clásica y en su legado haría bien en tener a mano. Por estas razones me permito también exhortar a alguna editorial de textos universitarios a que la ponga en el mercado de habla hispana en una versión castellana.

Notas

¹ En adelante pongo en traducción castellana mía todas las citas de la obra.

² Santini, C. – Pellegrino, C. – Stok, F. *Dimensioni e percorsi della letteratura latina*. Roma: Carocci editore (Studi Superiori/581) 2010.